



Era un asesino profesional y nadie lo sabía

*** Se llamaban igual, pero eran muy diferentes**

Sucedieron en Tlapacoyan. Es un caso extraño, por definirlo de alguna manera mesurada. Tres personas que se llaman de la misma manera son los protagonistas de esta historia que finalmente llegó al asesinato de dos y a la desaparición sin dejar rastro del que los cometió.

Los tres se llamaban, por coincidencia, Rigoberto Hernández. El primero era un hombre apreciado en la población que no tuvo nada que ver con los sucesos de corte criminal que se describen aquí. Se le menciona simplemente porque lleva el mismo nombre que los otros dos. Tenía un escritorio público que estaba ubicado en la calle Cuauhtémoc, en el centro de la población, frente a lo que ahora es la Papelería Tres Hermanos. En diversas ocasiones, el autor de estas líneas estuvo con él en ese lugar. Amigos y parientes como Rafael Lanzagorta y Miguel Ángel Arámburo eran asiduos asistentes al despacho mencionado para que se les elaborara algún documento. A mediados de los sesentas trabajaban ahí como secretarías dos simpáticas jovencitas a las que este cronista les perdió la pista, la Chilpa Galindo y Lili; la primera alta, güerita y la segunda muy bajita de estatura, morenita y atractiva. Rigoberto falleció antes de que todo lo que aquí se narrará aconteciera. El despacho

desapareció. En su lugar hay otros negocios, el salón de belleza de Lolis y una boutique. Hubo una zapatería.

Otro Rigoberto Hernández sufría porque todos sus amigos le llamaban "El Zopilote" y optó por dejar la ciudad. Decía que no soportaba ese apodo y que por más que había pedido a sus amigos que ya no le llamaran así, estos parecía que se ensañaban con él y más insistían en gritarle "Zopilote", cada vez que lo veían. Así que abandonó Tlapacoyan con destino aparente al puerto de Veracruz.

El tercer Rigoberto Hernández, también de Tlapacoyan, consiguió trabajo con un señor que había puesto un pequeño negocio de venta de bebidas alcohólicas atendido por dos muchachas. Rigoberto permanecía en la entrada del barecito. Su función era de portero, pero a la vez de filtro para decidir quién podía entrar y quién no. Era muy serio, casi no hablaba, pero era eficiente en su trabajo.

Sin embargo, el negocio creció y el dueño vio la oportunidad de ampliarlo y poner en su lugar una especie de centro nocturno con más muchachas y alguna variedad. Un día se le presentó un individuo alto y fomido que le dijo que tenía experiencia y la fuerza suficiente para sacar a los indeseables del lugar, los rijosos; buscaba, en otras palabras, empleo como saca borrachos. A éste le decían el Tigre, porque parecía estar con las garras al acecho de aquéllos de los que se tenía que hacer cargo. El dueño le dio la chamba y habló con Rigoberto. Le dijo que lo apreciaba, pero que no podía

tener a los dos y que era evidente que el otro le serviría más. Le entregó una indemnización superior a la que merecía y le agradeció por el tiempo que estuvo con él. Rigoberto no dijo nada, simplemente tomó su dinero, se dio la media vuelta y se fue.

Unos días después, Rigoberto se paró frente al negocio, cruzando la calle, mudo. El Tigre lo vio y tampoco le dijo nada. De vez en cuando lo volteaba a ver, extrañado de que siguiera ahí. Llegó el dueño, saludó al Tigre, que permanecía en la puerta del negocio, cuidándolo, y se metió a su oficina. Unos minutos después, Rigoberto cruzó la calle y se quedó parado sin decir nada, junto al Tigre. Éste lo vio y lo saludó, pero Rigoberto sólo movió la cabeza asintiendo y se quedó parado junto al Tigre. Cuando éste último se volteó, Rigoberto sacó una especie de verdugillo que traía escondido y se lo clavó varias veces al Tigre, perforándole el estómago, y las áreas aledañas. La rapidez de Rigoberto impidió al Tigre reaccionar, éste se llevó las manos al estómago, como para cubrir la salida de sangre, pero las heridas eran muchas y en unos segundos se desplomó.

Rigoberto entonces entró sigilosamente al negocio con el verdugillo escondido entre sus ropas, se fue directo hasta la oficina del patrón, éste lo saludó, pero Rigoberto sólo asintió y se quedó ahí parado. El dueño le preguntó qué se le ofrecía y se paró a darle un abrazo y en el momento en que abría los brazos Rigoberto le encajó repetida y rápidamente el verdugillo a la altura del estómago, con una destreza tal

que parecía tratarse de un asesino profesional. El patrón se desplomó, Rigoberto limpió el verdugillo con los pañuelos desechables de una caja que estaba sobre el escritorio, se lo guardó y salió caminando como si nada.

Salió del negocio y se alejó, a los pocos segundos se comenzó a arremolinar la gente alrededor del Tigre, que permanecía tirado en la calle, frente al centro nocturno. Unos minutos después llegó la policía, revisaron el cuerpo, voltearon para todos lados buscando alguna señal de quién podía haber cometido el crimen. Entraron y se encontraron con el otro cuerpo. Luego llegaron dos ambulancias que se llevaron los cadáveres. Nadie vio cuando los asesinatos se cometieron, pero vieron salir a Rigoberto muy tranquilo del negocio. La policía se dedicó a investigar con vecinos y clientes acerca del portero (Rigoberto) desaparecido, pero nadie sabía nada de él. Éste simplemente desapareció.

El Zopilote regresó a Tlapacoyan. Se

veía muy desmejorado, muy delgado. Raúl comenzó a llamarle Rigomuerto, por su apariencia, así que cuando regresó a su pueblo natal obtuvo lo que quería: Los años había pasado, algunos de sus amigos se habían ido del pueblo, otros se habían casado, pero los maldosos que le decían el Zopilote ya no estaban, así que ya nadie le decía Zopilote; pero ahora era Rigomuerto, peor tantito. Éste decidió irse otra vez de la ciudad. Tal vez ya estaba harto de los apodos que le ponían. O quizás así lo tenía planeado. El caso es que se despidió, le dijo a quien lo quiso escuchar que se iba al norte, a Reynosa, con su hijo. Raúl le regaló un vale para que llenara el tanque de su vehículo de gasolina y nadie lo volvió a ver.

Los tres se llamaban igual, Rigoberto Hernández. El primero no tuvo nada que ver, porque inclusive falleció antes de que se dieran los hechos descritos. Del segundo, el asesino, nadie volvió a saber nada.

El psicópata

Evidentemente, el personaje de nuestra historia principal, Rigoberto, es un psicópata. Hemos analizado estos casos en otras crónicas.

El FBI hizo un estudio en el que concluyó que el 50% de los asesinos son psicópatas. Otro más señala que la cifra de estos puede llegar a tres o cuatro millones de personas solamente en Estados Unidos. Pero una investigación más concluye que el 1% de la población mundial es de psicópatas; y entre los políticos, el porcentaje es todavía mucho más alto.

Sigmund Freud, desde luego, y Otto Fenichel de manera muy amplia en su "Teoría psicoanalítica de las neurosis", se refieren al psicópata como el que más daño puede causar de aquellos con problemas psicopatológicos, aunque no es posible darle tratamiento.

Pero, ¿Qué es un psicópata? ¿Quién? Es un individuo al que le importa a quién dañe, con tal de conseguir sus propósitos. Si comete algún delito o hace alguna maldad, no tiene remordimientos (sin sentimientos de culpa), su autoestima está distorsionada; le importa sólo su persona y entre sus defectos están la falta de responsabilidad, el delirio de grandeza, la extroversión, el hedonismo, la falta de preocupación por las consecuencias de sus actos; es de carácter impulsivo y miente con facilidad. Es difícil, cuando no imposible, verlo llorar, porque no puede procesar sentimientos. Es manipulador. Algunos de los síntomas mencionados

hacen que se confunda la personalidad del psicópata, sobre todo en la niñez, con la del paranoico o la del esquizofrénico. En el primero confluyen las otras dos.

Sigmund Freud y otros psicoanalistas establecían diferencias entre el Trastorno de Personalidad Disociable, el Sociópata y el Psicópata y adjudicaban un grado menor al primero, la personalidad de tránsito hacia la Psicopatía al segundo y la denominación de peor trastorno al tercero.

Ahora, sin embargo, se define a las tres como Trastorno de Personalidad Antisocial, sin diferencias reales.

La que sigue es una guía con 20 rasgos de personalidad (PCL-R) para determinar si alguna persona es psicópata o no. Se miden en una escala del 0 al 2 para hacer un diagnóstico:

Factor 1: "Narcisismo agresivo":

- * Labia/encanto superficial
- * Sentimiento de grandeza
- * Mentiroso patológico
- * Astuto, manipulador
- * Sin remordimientos, ni sentimientos de culpa
- * Difícil de conmovir
- * Insensible, sin empatía
- * No acepta responsabilidad por sus acciones
- * Comportamiento sexual promiscuo (adulto). Erotismo temprano (niño)

Factor 2: "Estilo de vida socialmente irregular":

- * Necesidad de estimulación/Propensión al aburrimiento
- * Forma de vida parasita
- * Control de comportamiento pobre
- * Sin metas realistas, a largo plazo
- * Impulsivo

- * Irresponsable
- * Delincuente juvenil (si adulto) y llegará a serlo (si niño)
- * Problemas tempranos de comportamiento
- * Revocación de libertad condicional (si preso)

Rasgos no relacionados con los dos factores anteriores:

- * Varios lazos maritales de corta duración
- * Dispuesto al crimen, propenso, flexible

Los tres últimos puntos no se analizan en el caso de los niños, ni en el de quienes no llenan tales condiciones. En todos los casos en que se aplique, el que responde, dando puntuación a cada rasgo, es el analista, porque, es evidente que un psicópata manipularía y/o mentiría si se le hicieran las preguntas directamente.

Una puntuación de 28 ó más indica Psicopatía (en los niños y en aquellos que no han estado presos y/o no han sido casados, 22 ó más y se analizan solamente los primeros 17 rasgos). Los delincuentes encarcelados con tal trastorno tienen una puntuación mínima de 22, mientras que la de los no criminales es de 5, en promedio.

Al calificar cada uno de los rasgos, hay que hacerlo en una escala del 0 al 2. La puntuación más alta sería 40, evidentemente, y 34 cuando sólo se analizan 17.

¿Sospecha de alguien cercano? ¿Conoce a alguna persona que pudiera ser psicópata? ¿Le parece que algún político o empresario podría serlo? Yo sospecho de varios.

Si usted conoce a alguien con tal personalidad, evítelo, aléjese de él (ADG).



El Conde de Montecristo y el Abad Faria en su celda del Castillo de If.

La famosa escapatoria de Montecristo

*** Regresó dueño de una gran fortuna**

Un escritor, gran amigo del que esto escribe, me decía que la realidad a veces sorprende más que la fantasía. Y así sucede, efectivamente, a veces. Pero qué bella es la fantasía, sea en la literatura, en el teatro o en el cine. Ian Fleming, el famoso autor de las novelas de James Bond, decía que "Sólo se vive dos veces, en la vida real y en los sueños". Pero recordemos que los sueños son parte de nuestra vida. La frase, sin embargo, es bonita, memorable.

Y a propósito de la historia de los tres Rigobertos, que hoy es la principal en este espacio, me preguntaron a quienes se las narre primero que cómo pudo fugarse el que cometió el crimen sin que nunca más se supiera de él. Y me preguntaron por fugas famosas. Les ofrecí incluir aquí la del Conde de Montecristo y analizar sus últimas palabras. Es otro tipo de fuga, se trata de un hombre acusado injustamente que escapa de un penal, mientras que la otra es la de un asesino. La vida de Montecristo es ejemplar, una pauta a seguir por muchas razones.

Sus palabras finales fueron: "*Toda la sabiduría humana está concentrada en dos palabras: Confiar y Esperar*".

Y así fue su vida, así se desarrolló: Tras un largo e injusto cautiverio de años logró escapar del Castillo de If y con las revelaciones y el mapa en su poder que le fueron confiados por el Abad Faria, encontró el tesoro oculto en la Isla de Montecristo tras una escapatoria increíble del castillo que tenía por prisión, tras la muerte del abad que tenía por compañero en la celda contigua y que se había convertido en su maestro y su guía.

Se volvió un hombre millonario y poderoso y regresó a Francia a vengarse de quienes lo traicionaron y manipularon la justicia para enviarlo preso al calabozo mencionado antes.

Una vez consumada su venganza, derrotados y aniquilados sus enemigos por medio de verdaderas jugadas maestras, dejó el país acompañado por una bella joven que lo quería y lo admiraba. A bordo de la embarcación que los llevaba a su destino y cuando se habían despedido de quienes les fueron a decir adiós desde el muelle, Montecristo pronunció las que serían las últimas palabras de esta obra magistral de Alejandro Dumas.

Ahora podemos analizar tales palabras, reflexionar sobre las mismas y trazar las que considero más adecuadas en la actualidad, sin dejar de reconocer la enorme valía de los originales y su lugar emblemático en la historia de la literatura universal, como un ícono.

"*Toda la sabiduría humana...*" concentrada en dos palabras es excesivo, inclusive para esa

época. La historia tiene lugar en Francia, Italia y varias islas del Mediterráneo durante los hechos históricos de 1814-1838 (Los Cien Días del gobierno de Napoleón I, el reinado de Luis XVIII de Francia, de Carlos X de Francia y el reinado de Luis Felipe I de Francia). Trata sobre todo los temas de la justicia, la venganza, la piedad y el perdón y está contada en el estilo de una historia de aventuras.

Dumas obtuvo la idea principal de una historia real que encontró en las memorias de un hombre llamado Jacques Peuchet. Peuchet contaba la historia de un zapatero llamado François Picaud que vivía en París en 1807. Picaud se comprometió con una mujer rica, pero cuatro amigos celosos le acusaron falsamente de ser un espía de Inglaterra. Fue encarcelado durante siete años. Durante su encarcelamiento, un compañero de prisión moribundo le legó un tesoro escondido en Milán. Cuando Picaud fue liberado en 1814, tomó posesión del tesoro, volvió bajo otro nombre a París y dedicó diez años a trazar su exitosa venganza contra sus antiguos amigos.

La novela ha sido llevada a la pantalla cinematográfica en varias ocasiones, yo he visto algunas, recuerdo éstas:

– El Conde de Montecristo, película mexicana de 1942, dirigida por Chano Urueta y protagonizada por Arturo de Córdoba, fiel a la historia original y con la totalidad de los diálogos extraídos textualmente de la novela.

– La venganza del Conde de Montecristo, película de 2002 con Jim Caviezel

– El Conde de Montecristo, película de 1975 protagonizada por Richard Chamberlain.

– El Conde de Montecristo, miniserie de 1998, me parece que con Gerard Depardieu.

Pero volviendo al tema principal, la frase multimensionada yo la pondría ahora así: "**La esencia de la vida está concentrada en dos palabras: Confiar y Esperar**".

Porque, efectivamente, nos pasamos la vida confiando y esperando. Podríamos decir que estas dos palabras, Confiar y Esperar, se pueden reducir a una sola: Esperanza.

Y así es, nuestra vida transcurre con la esperanza de terminar nuestros estudios, de conseguir cierto trabajo, de lograr el éxito con determinada empresa. Recordemos que la esperanza es lo último que muere.

Después tenemos la esperanza de conquistar a la (o el) que queremos que sea nuestra pareja. Y luego confiamos y esperamos formar un hogar, una familia para, una vez cubiertos los tres requisitos esenciales que hemos conocido siempre como tales, preparamos para el final. Tales requisitos, un cliché ahora, son: Ten un hijo, planta un árbol, escribe un libro y entonces podrás considerar que tu vida logró los objetivos fundamentales, metafóricamente hablando (ADG).

Perfil de un psicópata

- Ausencia de empatía en las relaciones interpersonales
- Falta de miedo
- Ausencia de remordimiento
- Exagerada autoestima
- Egocentrismo
- Violencia
- Irritabilidad e impulsividad
- Búsqueda de emociones fuertes
- Manipulación
- Autoexculpación por el medio social.



La sabiduría humana se encierra por entero en estas dos palabras: ¡Confiar y esperar!

(Alexandre Dumas (padre))